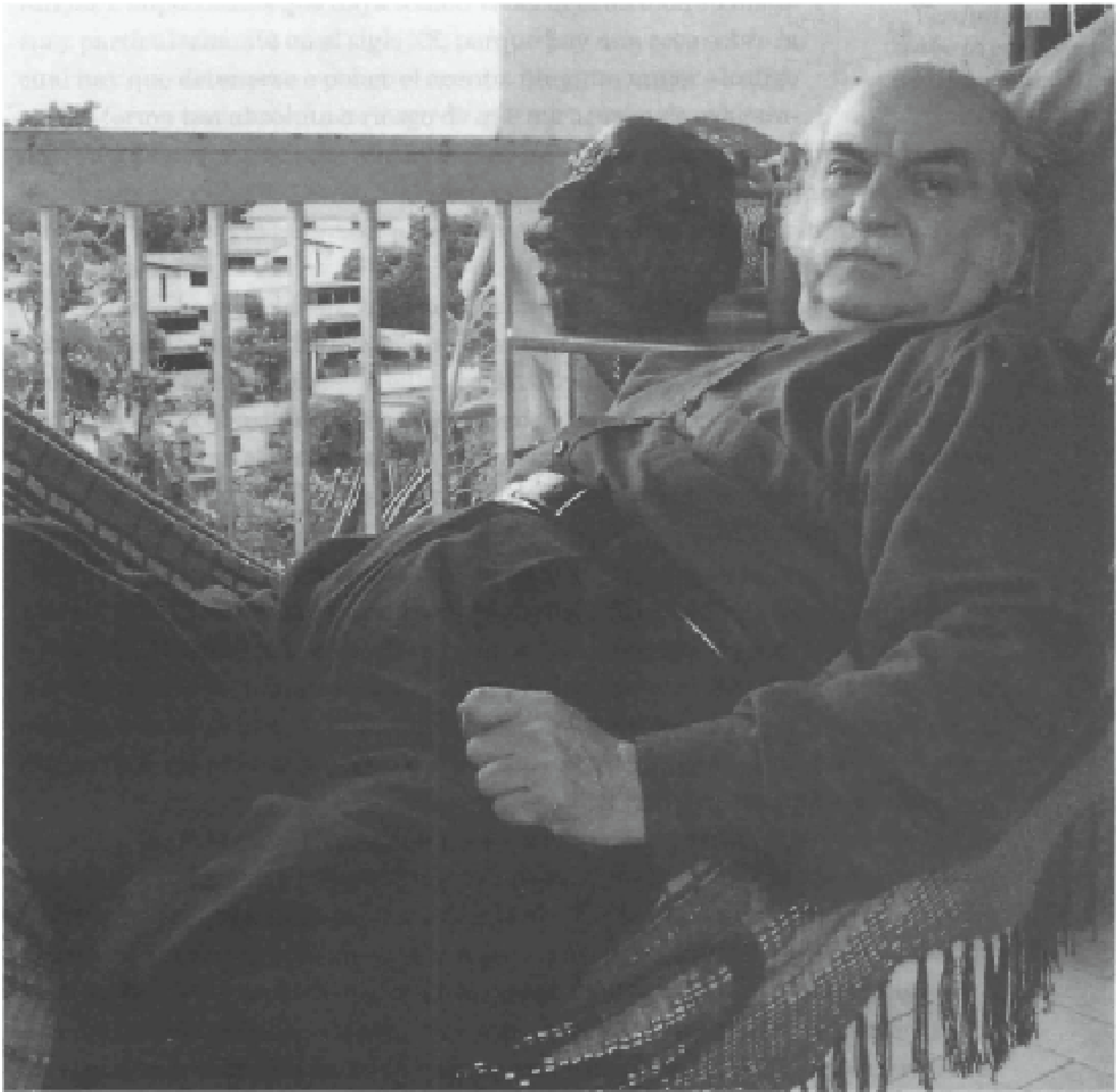

El siglo XX venezolano conversado con Manuel Caballero



Barquisimeto, 1931. Historiador, periodista.

Ph.D. de la Universidad de Londres.

Premio Nacional de Periodismo.

Autor de una significativa obra en el campo de la investigación histórica.

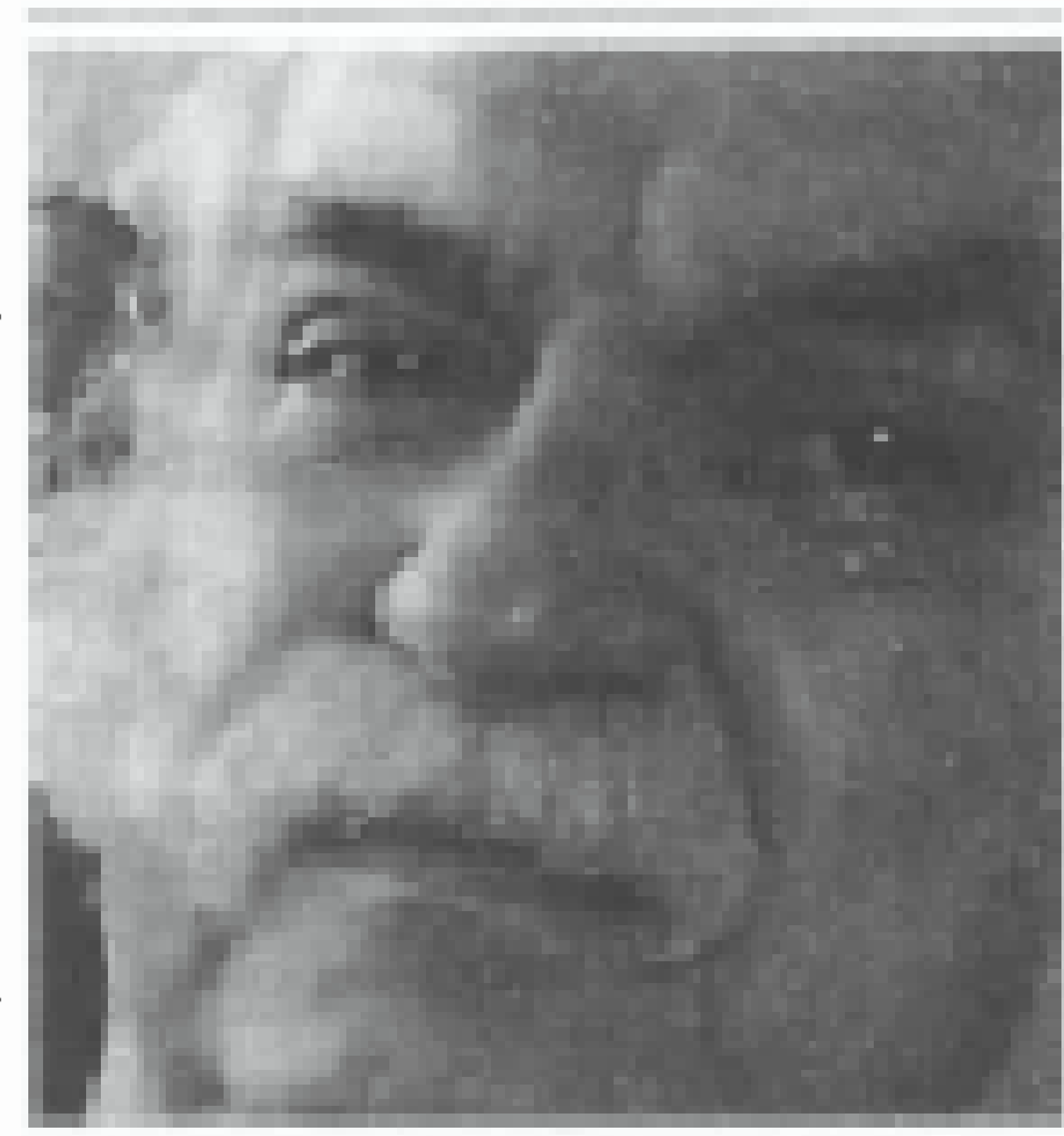
Merecen destacarse las siguientes publicaciones:

Las crisis de la Venezuela contemporánea (1998); *Ni Dios ni Federación* (1995);

Gómez, el tirano liberal (1993); *La pasión de comprender* (1983).

El siglo XX venezolano conversado con Manuel Caballero

—ASDRÚBAL BAPTISTA. Manuel tiene en su favor muchas cosas que debo resaltar. En primer lugar, Manuel es historiador y un historiador —si uno tuviera que precisarlo en términos muy simples— es aquel que tiene algo que contar y que, además, lo sabe hacer. Manuel tiene algo que contar amén de una pluma excelente que le acompaña para los fines de contar lo que sabe. De todo esto da testimonio una obra que abarca campos variadísimos del pensamiento. Manuel es doctor. Su tesis doctoral fue publicada en 1987 por la Universidad de Cambridge, con recensiones críticas, elogiosas, de hombres de pensamiento en varias partes del mundo. Ellos son testigos de que allí, en esa tesis, hay un aporte importante. Fue merecedor del Premio Nacional de Periodismo en 1979, y del Premio Nacional de Historia en 1994.



Obra abundante, obra sabrosa de leer, de pluma sabrosa, como solía decir Unamuno cuando se refería a los historiadores. En lo personal, recuerdo con inmenso gusto y provecho la lectura de *El orgullo de leer* y de *Gómez, el tirano liberal*.

Pero además de historiador y de hombre de pluma, también —y en este tiempo particular— es un gran polemista. A Manuel lo acompaña Polemos en la batalla de las ideas, la batalla del pensamiento.

Yo hallo en tu obra un tema —y me voy a permitir plantearlo para echar a andar nuestra conversación—, que hace de riel para tu pensamiento: el tema del militarismo. Este es un tema enraizado en nuestra historia como pocos, con él cierra el siglo pero también se abre el siglo y el interregno que pareció acallar el militarismo como tema, o no fue suficientemente sólido o no fue suficientemente largo o no fue suficientemente fértil como para que —con toda la carga negativa que puede tener— hubiera pasado de las meras reminiscencias históricas. Yo encuentro ese hilo conductor en tu pensamiento, y seguro estoy de que habrá otros, cuidados y si hasta más importantes, desde luego. ¿Cómo ves hoy, cuando el siglo está cerrando su decurso, estos cien años transcurridos? ¿Qué fuerzas hay allí, hondas, secretas, profundas que impulsan el país o que lo detienen?

—Manuel Caballero. Al agradecer la invitación no hago uso de la convencional, usual, fórmula de cortesía, porque me brindan una oportunidad —realmente de oro— para plantear algo que desde hace mucho me da vueltas, y para lo cual no tengo en este momento el tiempo necesario para abordarlo como quisiera.

Ustedes conocen mi libro más reciente *Las crisis de la Venezuela contemporánea*. Yo allí defino lo que he llamado las grandes crisis del siglo XX. Esas crisis, por supuesto, no provienen de la nada; no son, por así decir, una creación *ex nihilo*, sino que son resultantes, manifestaciones, fenómenos, de tendencias mucho más profundas. Entonces, deseo que conversemos sobre algunos procesos que están tras los sucesos que han llevado a Venezuela a ser lo que es hoy.

También hago la advertencia, la salvedad, de que la mayoría de estos procesos no son irreversibles; esto es, que puede haber retrocesos, puede haber desvíos, pero

de hecho, hasta hoy –1999– tenemos un resultado, y ese resultado, entonces, es a mi juicio el producto de todos esos procesos acerca de los cuales vamos a hablar en lo que sigue.

En primer lugar, adelanto una opinión lo más general posible sobre el siglo XX venezolano, y que es la siguiente: nunca el venezolano, o si ustedes prefieren, nunca tantos venezolanos habían vivido tan bien como en los 60 años que van desde la muerte de Gómez hasta

el presente. Bien sé, por lo demás, que esto contradice la idea que corrientemente se sostiene, pero espero que éste sea un tema de discusión. Yo no estoy comparando esos 60 años con otros 60 años cualquiera; o con medio siglo cualquiera de los cinco siglos de historia, sino con todos los 440 años de la otra historia venezolana, la que va desde el descubrimiento hasta la muerte de Gómez. Vamos a partir de esta base.

Es decir, el siglo XX venezolano es un siglo que, con todos sus problemas, y con todos los malos gobiernos o las malas administraciones o las ideas equivocadas de quienes lo han dirigido, arroja un balance positivo. Es positivo en relación con su propia historia, y no por comparación con una república aérea, tal como bien lo dijo el Libertador.

No puede haber una mayor mentira que esa idea de que perdimos el siglo XX. ¡No lo hemos perdido! Nosotros hemos conquistado dos cosas que bien pueden causar envidia a otros, y orgullo a nosotros mismos, si no fuéramos tan autodestructivos. Nosotros hemos tenido en este siglo dos grandes conquistas: *la paz y la democracia*. Con la paz nos convertimos en un país absolutamente excepcional en el mundo: un país que tiene un siglo entero sin guerra civil, sin guerras internas ni externas.

Cada vez que se me opone el argumento de “la violencia caraqueña y sus muertos” de que “vivimos peor que en Beirut en los momentos de la guerra”, yo hago una cuenta muy simple: súmense todos los muertos del 36; del 45; del 58; de la lucha armada de los años 60, guerrilleros urbanos y rurales; del Caracazo, y del 92, sumen todos los muertos y no llegan a ser la mitad de los combatientes enfrentados en la batalla de La Victoria en 1902, en un país que tenía apenas 2 millones y medio de habitantes. Hoy tenemos 23 millones.

Quiero pues destacar este punto en primer lugar. Se trata del primer gran proceso venezolano del siglo XX y que condiciona en cierto modo todos los demás: el

**Hay procesos,
hay momentos cuando
la dinámica política
que comanda el resto
de la sociedad
se hace más acelerada,
se hace más violenta...**

establecimiento, la consolidación, la aceptación generalizada de la paz venezolana. Ya este rasgo nos habla de una característica, de una condición excepcional. ¿Puede alguien argüir que no es importante? Y sin embargo, la verdad es que le restamos importancia porque la vivimos todos los días, porque forma parte de nuestra vida cotidiana. Quiero contarles algo. Yo suelo hacer una pregunta en los diferentes auditorios ante los cuales me toca hablar: “¿hay alguno de ustedes que cargue un arma?” Y la respuesta normal es: “ninguno”. Nadie en general anda armado, excepto quizás los malandros. Pero en el siglo XIX no solamente la gente andaba toda armada, sino que la única manera de hacer política era por la vía del plomo. En suma, este primer gran proceso condiciona a todos los demás.

Seguidamente deseo señalar las dos grandes revoluciones sociales de Venezuela en el siglo XX, que, no se me escapa, son también del ámbito latinoamericano y mundial, pero que bien puedo referir al caso más específico de Venezuela. La primera gran revolución del siglo XX venezolano es el trasvase poblacional del campo a la ciudad, o mejor dicho, la urbanización, porque en realidad hablar de trasvase poblacional es menos significativo que hablar de urbanización, toda vez que no fueron masas multitudinarias de campesinos que se fueron a la ciudad, sino más bien la reubicación y crecimiento de masas importantes de acuerdo con el tamaño mismo del país y de su población.

La urbanización es un hecho característico del siglo XX. Nosotros sabemos hoy que la inmensa mayoría —las cifras exactas no las tengo a la mano— aproximadamente el 90 por ciento de las personas, vive en ciudades. Pero para 1950 ya el 47 por ciento de los venezolanos vivía en las ciudades (y estemos claros al respecto: ciudades son agrupamientos poblacionales de más de 5 mil habitantes).

Por otra parte, ese proceso de urbanización hay que verlo, repito, solamente en parte como trasvase poblacional. Quiero decir que hoy por hoy la inmensa mayoría de la gente que vive en las ciudades no ha vivido antes en el campo, no conoce sino la ciudad. Yo me imagino que los menores de 30 años y algunos incluso mayores no han vivido jamás en el campo, lo cual hace en cierta manera irreversible este proceso. Hasta ahora no se conoce un solo ejemplo en el mundo donde eso sea reversible, es decir, que la gente que vive en la ciudad se vaya a vivir al campo.

Esto tiene, por supuesto, aspectos positivos y negativos. La confluencia hacia las megaciudades magnifica todos los problemas, sobre todo con una gente —eso lo veremos más adelante— que todavía trae muy anclada la política del compadrazgo —el caciquismo— que es típica de las sociedades rurales. Pero hay dos características que importa resaltar —y aquí voy a citar a mi amigo Marco Negrón, quien ha escrito algunos ensayos sumamente interesantes sobre el tema. Él dice dos cosas: en primer lugar, no hay que demonizar la ciudad —para utilizar la expresión tan de moda hoy— es decir, no hay que hacerse eco de esa especie de catastrofismo que generalmente los arquitectos y los humanistas le imprimen a la ciudad por causa de su crecimiento. Entonces apunta él: “Venezuela ha conocido una urbanización

tan rápida, tan acelerada, que precisamente lo que llama la atención es que no se haya destruido”. Porque parece imposible que se hubiera dado un proceso tan rápido, tan acelerado y tan violento y, sin embargo, que no se hubiese traducido en el caos absoluto.

La otra cosa que subraya –y en eso yo estoy plenamente de acuerdo con él–, es que “nuestro principal recurso natural y renovable no es el petróleo ni el hierro, sino las ciudades”. ¿Y por qué? El razonamiento es muy sugestivo: allí es donde se acumula la mayor cantidad de fuerza de trabajo; la mayor cantidad de seres humanos se concentra en las ciudades; entonces, es el desarrollo de éstas y mucho más que el petróleo lo que va a permitir un verdadero crecimiento, nuestro desarrollo futuro.

Aparte de esto, y con todos los defectos que pueda tener, Venezuela posee un sistema de ciudades. No como sucedía hasta el año 1950, cuando había una ciudad que era Caracas, la gran ciudad, y una serie de pequeñas poblaciones más o menos grandes –Maracaibo, Barquisimeto, Valencia– que eran realmente insignificantes por diversas razones, y no solamente por su población, sino porque no tenían ninguna influencia sobre el poder central.

Estos serían a grandes rasgos, los elementos de lo que considero la revolución social más importante del siglo XX venezolano. La segunda gran revolución venezolana de este siglo, compartida con el mundo entero, es lo que yo llamo la conquista de la calle por la mujer. No cabe duda de que aquí tenemos una de las revoluciones sociales más importantes de este siglo. Permítanme un recuerdo para dar cuenta de la situación venezolana décadas atrás. En la universidad, en los años 50, cuando nosotros comenzamos a estudiar, había facultades como la de ingeniería, por ejemplo, exclusivamente masculinas, allí no había una sola mujer. Hoy las condiciones son diferentísimas; incluso en ese tipo de áreas profesionales las proporciones están más o menos balanceadas y hay facultades o escuelas donde la mayoría de los estudiantes son mujeres, la de Educación es una. Esta es una revolución de inmensas consecuencias: sencillamente la mujer decidió buscar por sí misma el sustento en la calle y equipararse al hombre, esto es, dejar de ser dependiente. Ciertamente es que ello arranca de las clases medias, pero no hay que olvidar que la clase media es una caracterización bastante fluida, y cada quien es la clase media de otro que está más abajo; en breve, es una cuestión de pertenencia.

Hay algo que señaló alguna vez Ramón J. Velásquez, en este orden de ideas, en un ensayo que interesa meditar. Él dice: hasta los años 30, sin tener que ser aquí demasiado precisos, la mujer recibía noticias de la calle a través del filtro del marido, del jefe de la casa; él era quien venía y traía la noticia: se alzó fulano, mataron a fulano, y él por supuesto lo filtraba a su conveniencia, si es que hablaba. Pero a partir de ese entonces la mujer tiene acceso directo a la noticia a través de la radio; entonces se instala la radio en los hogares y es el más eficaz de los adversarios de la autoridad absoluta del hombre.

Este proceso de incorporación de la mujer posiblemente se puede hacer arrancar de allí, del momento cuando ella comienza a darse un idea de lo que es la calle, una calle que le está prohibida porque en Venezuela, como en todos los países hispanicos, lo único que faltaba era que hubiese una prohibición absoluta de salir a la calle, como en los países islámicos. Esa era la situación. Hoy vemos en la calle mujeres de todos los estratos sociales buscando ganarse el sustento. Si el dato sirve para algo, en estos días se comentó que entre los buhoneros de la plaza Caracas había más mujeres que hombres. Esta es una de las revoluciones sociales más profundas e importantes que haya tenido Venezuela en toda su historia y particularmente en el siglo XX, porque hay una cosa sobre la cual hay que detenerse o poner el acento: ninguna mujer —lo digo así, en forma tan absoluta a riesgo de que me acusen de exagerado—, va a regresar a la casa a la situación subalterna que tenía antes de desarrollarse este proceso. Así como nadie se regresa de la ciudad al campo, tampoco la mujer se regresa a la casa a ser prácticamente una sirvienta en el sentido más despectivo posible.

*Verdaderamente,
¿sabe la conciencia
popular lo que
le conviene?*

Sobre la base de la paz venezolana, en suma, se producen dos procesos en el terreno social que son dos grandes revoluciones silenciosas, pero no por ello menos profundas. Así es como se posibilita construir, digamos, el edificio que es la Venezuela presente: la urbanización y la presencia de la mujer en la calle. Los otros dos procesos se dan en el terreno de la economía: la conversión de Venezuela en un país capitalista —no encuentro otra forma de definirlo—; y el fracaso de la idea de sembrar el petróleo.

En relación con lo primero ya sabemos la discusión que se arma cada vez que uno habla de Venezuela como un país capitalista. Mucha gente salta de inmediato a negarlo, diciendo más bien que somos un país subdesarrollado. Pero lo cierto es que Venezuela es un país inscrito dentro de los lineamientos del capitalismo por una razón muy sencilla: porque su industria, el petróleo, la que le ha dado base, la que le ha dado pie a todo esto, es una industria típicamente capitalista, el *sum-mum* del capitalismo, con todos sus defectos y sus virtudes. Lo que quiero decir es que el capitalismo que llega aquí lo hace por una vía peculiar, pero eso es lo que tenemos. Y no importa que no se haya convertido realmente toda Venezuela en un país capitalista, que no se haya modernizado. Todo eso es cierto, pero no es menos cierto que Venezuela gira alrededor de ese capitalismo y que sus modos, sus intenciones, son las del capitalismo, con todo lo que se quiera graduar o definir que si es un capitalismo subdesarrollado, que si es un capitalismo periférico, en fin, todos los mote que se le han puesto o que hayan de ponerse. La verdad es, en breve, que Venezuela se convierte en un país capitalista.

Coetáneamente, y muchas veces como consecuencia de lo anterior, se habla de la ruina de la agricultura. Pero ¿de qué ruina se habla? ¿De cuál agricultura? Venezuela, hasta la aparición del petróleo, era una economía de subsistencia con ape-

nas dos productos que producían excedentes: el café y el cacao. No se puede hablar de la ruina de la agricultura porque eso obliga a suponer que la agricultura se hallaba en una situación muy próspera, y ése no era el caso. Aunque no me gusta mucho definir algo negativamente, se puede hablar del fracaso de la idea de “sembrar el petróleo”.

Todo lo anterior, pues, pertenece al terreno de la economía. Ahora viene el otro gran proceso –y a éste lo coloco en el mismo nivel del primero, de la consolidación de la paz–. Me refiero a la democratización de la sociedad y del Estado venezolano.

*¿Cómo ves hoy,
cuando el siglo está
cerrando su decurso,
estos cien años
transcurridos?*

*¿Qué fuerzas hay allí,
hondas, secretas,
profundas que
impulsan el país
o que lo detienen?*

Este es un proceso que nosotros sabemos que está en lucha permanente con su contrario: el autoritarismo y el militarismo, y no se puede tener la certeza ni la seguridad de que está definitivamente establecido. Este un proceso que hasta hoy se ha revelado como irreversible, pero yo no puedo asegurar que será siempre así.

Ese proceso de democratización tiene para mí dos vertientes: en primer lugar, lo hago arrancar desde 1936. Muchas de las cosas que suceden a partir de 1936 se habían dicho e intentado hacer antes, en el 28 por ejemplo, pero sólo a partir de 1936 a esas ideas que conforman un proyecto nacional las refrenda el apoyo popu-

lar. Por ello, además, es falso que la democracia venezolana de este siglo comience el 23 de enero de 1958. También es falso que comienza el 18 de octubre de 1945, tal y como lo decían los adecos en su momento. Para mí la democracia no es la sucesión de gobiernos democráticos y democráticamente electos; la democracia nace en el momento en que quienes son sus actores fundamentales se dan cuenta de que ellos son o pueden ser poder y lo imponen de una forma u otra, y yo creo que ese proceso se dio el 14 de febrero de 1936.

El 14 de febrero de 1936 es una fecha, una suma de acontecimientos, cuando se puede decir que por primera vez, en la calle gente de a pie y desarmada, hace cambiar el rumbo del gobierno. Sobre esto ha habido muchas páginas escritas: hay quienes dicen que López Contreras ya tenía escrito su Programa de Febrero; que ya tenía decidido cambiar de ministros. Pero lo importante no es eso, eso es lo anecdótico, ni siquiera que le haya o no le haya impuesto ese giro. Lo decisivo es que la gente creyó que eso era un triunfo suyo. Eso es lo fundamental del 14 de febrero, aparte de imponer la democracia en las formas que se conocerán después: partidos políticos, prensa libre, organizaciones de clase, etc. Todo ello está contenido en germen en el 14 de febrero de 1936.

Este proceso de democratización tiene, pues, esta primera fase, que se refiere a la conciencia de su propio poder que acompaña al pueblo. El otro es la descentralización, que me parece un proceso sumamente importante.

Se tiene la tendencia a decir que el proceso descentralizador comienza en 1989, o tal vez antes, dada la formación de la Copre. Sin embargo, para mí el proceso descentralizador comienza precisamente en 1936. ¿Por qué? Porque allí se plantea –no

por parte del gobierno, por cierto—, el proceso inicial de toda verdadera descentralización, que es la descentralización política. Es decir, arrancarle trozos, pedazos de autoridad al Estado para dárselos a la sociedad. Debe tenerse presente que el primer elemento descentralizador es la formación de los partidos políticos. Los partidos políticos, en aquel momento, representan casi enteramente a la sociedad; entonces, el primer paso hacia la descentralización es intentar arrancar espacios que estaban copados por el Estado y por el gobierno autoritario. Lo otro, lo segundo, es la descentralización administrativa, y comprende diversos procesos que han seguido su curso, pero yo creo que es el primer momento de la descentralización y, por supuesto, la democratización.

Otro elemento que importa analizar y establecer de qué manera contribuye a la paz y a la democracia es la formación del ejército nacional. Esa propaganda tan manida sobre las fuerzas armadas según la cual el ejército venezolano es un forjador de libertades porque peleó en Ayacucho, no resiste el menor análisis. La creación del ejército venezolano como el primer paso hacia la creación del Estado venezolano fue obra del Benemérito, fue obra de Juan Vicente Gómez. En 1903, pocas semanas antes de la batalla de Ciudad Bolívar, se decreta la creación de la Escuela Militar, pero es sólo en 1910, para celebrar el centenario de la independencia, que se abre la Escuela Militar con las paredes todavía no completamente encajadas. Se abre con 55 cadetes, y es a partir de allí cuando empieza a formarse el ejército que conocemos hoy; que es el único que tenemos y que hemos tenido realmente digno de tal nombre: un ejército disciplinado, uniformado, etc., donde se asciende a través de un riguroso escalafón.

Hay algo que importa destacar, a saber, la institucionalización del ejército. Todos los gobiernos se la atribuyen diciendo cosas como: “bajo mi gobierno se ha convertido el ejército en una fuerza institucional, y eso es la democracia”. Pero lo cierto es que esa institucionalización comienza con el propio Gómez. Él es el hombre que impone, primero: que los militares activos no deben estar en cargos civiles, o dicho de otra manera, que no deben meterse en política; y, en segundo lugar, no se mezcló jamás en los procesos internos del ejército —por ejemplo, para saltar un grado en el escalafón a objeto de favorecer a uno de los suyos. Él podía en determinado momento cortar la carrera a un oficial, puesto que al fin y al cabo es el jefe supremo del ejército; pero interponer sus buenos oficios para que se ascendiera a alguien, qué se yo, de teniente a coronel, o de teniente a general, eso nunca lo hizo. Él era sumamente respetuoso de eso. Eso era lo que quería decir; que a medida que el ejército se iba formando él le iba dando una cierta autonomía: por supuesto, siempre sobre la base de la obediencia al jefe. Yo por eso digo que al final del gomecismo se había constituido un ejército único, nacional y gomecista. Y es López, precisamente, quien en el 36 comienza a hablar de la institución castrense. Las fuerzas armadas no pasan de ser gomecistas a ser lopecistas, sino que se convierten en las fuerzas armadas del país, de la nación.

Este es un proceso importante, cualquiera que haya sido el resultado. Es innegable la importancia para el desarrollo histórico del Estado-Nación venezolano, de la formación del ejército. Yo no quisiera adelantarme a los acontecimientos. Hay la posibilidad de que este proceso culmine en una situación como la que encarnaba el ejército prusiano, y que justificaba aquel decir según el cual Prusia “no es un país que tiene un ejército, sino un ejército que tiene un país”. Esto puede desembocar allí, yo no lo sé, aunque, por supuesto, deseo que eso no llegue nunca a ser así. Estamos frente a una situación de hecho, querámoslo o no, y es que hoy el ejército controla de una manera u otra el país.

Quiero dejar claro que he estado hablando de los procesos que a mí me parecen más evidentes, pero sin duda puede haber otros. Así, por ejemplo, la formación de élites como nunca había tenido Venezuela en toda su historia. Esto debiera incluirse en la revolución social, esto es, en la transformación social que es la formación de la clase media, pero bien sabemos cuántos problemas tiene la definición de ese segmento. El hecho es que, desde 1936 hasta hoy, 750 mil venezolanos han egresado de los institutos de educación superior; que en 1936 había dos universidades y en 1958 había –si es que tengo bien la información– cuatro con la Universidad Católica. Hoy tenemos casi cien institutos de educación superior de todo tipo, incluyendo el pedagógico, más todas las universidades privadas y públicas de diversos niveles. Yo dificulto que haya muchos países en el mundo que puedan jactarse de tener una élite intelectual de esa magnitud, incluso en términos absolutos.

Finalmente, y para resumir, Venezuela es, hoy por hoy, un Estado nación con todas sus características y con una conciencia nacional relativamente sólida; digo relativamente sólida poniendo mi énfasis en lo relativo; y, en segundo lugar, porque para nosotros es más difícil tener una conciencia nacional que, por ejemplo, para los mexicanos, que tienen una historia mucho más larga que la nuestra y les es mucho más fácil centrarse en su propio desarrollo cultural. Venezuela no; Venezuela es una invención de los conquistadores, una invención de los españoles. Los venezolanos no existían; a Venezuela la inventaron los españoles, especialmente a partir de Carlos III, quien unió las tres provincias que constituyen lo que es hoy el grueso del mapa venezolano. Sin embargo, pese a todas esas dificultades, yo creo que hoy nosotros tenemos una conciencia nacional relativamente sólida. Dejo las cosas aquí para que entonces le den plomo duro, como diría un político venezolano de la actualidad.

—Maritza Montero. Manuel, tú has escrito sobre la Internacional Comunista y has trabajado la figura del dictador quizás más importante del siglo XX, así como la implantación o el surgimiento del comunismo y de las ideas socialistas. Yo te preguntaría ¿qué piensas tú de lo que ha sido el socialismo en Venezuela en el siglo XX? ¿Ese socialismo ha sido un proyecto fallido, ha sido una importación más, sin mayor éxito y sin mayor arraigo? Si ha habido un socialismo ¿ha habido alguna impronta venezolana, alguna característica durante este siglo en ese socialismo?

—Manuel Caballero. Te ruego que lo que voy a decir no lo tomes como una *boutade*. No es ese socialismo indeterminado lo que ha tenido mucho éxito en la Venezuela del siglo XX; lo que ha tenido mucho éxito es el comunismo, y aquí lo digo repitiéndoles el contenido de un capítulo de un libro sobre el que precisamente estoy trabajando ahora y que versa sobre la biografía de Rómulo Betancourt. A partir de 1928 la gente que se lanza a la pelea política busca oponer el “nosotros” al “yo” —en mi libro *Gómez, el tirano liberal*, hay todo un capítulo dedicado a este punto—. Ellos ponen el acento sobre el colectivo, y por esa razón no se van detrás de ninguno de los caudillos; más aún, no sólo no se van detrás de ninguno de los caudillos que en ese momento, desde el extranjero, estaban combatiendo o intentando combatir a Gómez, sino que no se erigen ellos mismos en nuevos caudillos.

El movimiento del 28 no tiene caudillos; tiene líderes muy importantes que demuestran un gran talento, una gran fluidez oratoria y un gran coraje personal como Jóvito Villalba, como Rómulo Betancourt. Pero nadie se declara betancourista o villalbista. Y cuando los hacen presos y los expulsan, vuelven a sus andadas en octubre —lo que se llamó la Octubrada— para demostrar, consciente o inconscientemente, que ellos no tenían jefes, que ellos todos eran sus propios jefes. Esa actitud la va a ratificar el pueblo en 1936.

Hay muchas maneras de comprobar este último punto, pero sólo voy a nombrar una, y me refiero al hecho de que la manifestación de febrero del 36 había sido convocada para que saliera de la universidad. Pues bien, desde la mañana se estaban reuniendo ya los manifestantes en la plaza Bolívar. La policía, no acostumbrada a estos asuntos, se puso nerviosa y mató a varios manifestantes. ¿Qué sucedió entonces? Que cuando eso se sabe en Caracas la gente, en lugar de acobardarse, salió toda a la calle, y allí fue cuando cayó en la cuenta de su propia fuerza porque, entre otras cosas, no le dispararon. Pero repito la idea central: allí no hay caudillos; allí no hay líderes; es la masa la que impone, y al hacerlo muestra y exhibe su poder, su nueva fuerza.

A partir de ese momento Venezuela se orienta hacia la búsqueda del desarrollo de sus propias posibilidades, de sus propias habilidades; al ejercicio de su voluntad política a través de organizaciones colectivas: desde los partidos políticos hasta los sindicatos, hasta los gremios. Lo que me parece fundamental puntualizar es que el partido político no se personaliza; ésa es la idea central: despersonalizar el poder, despersonalizar su propia lucha política como paso previo a la despersonalización del poder. Dicho de otra manera, toma cuerpo definitivamente la conciencia de que quien gobierna es el presidente de la república, y no, como solía pensarse, que quien lo hace es el general Guzmán Blanco, o Joaquín Crespo, o el general Gómez. Para acotar la respuesta a tu pregunta: yo hablo de comunismo, fundamentalmente, como sinónimo de colectivismo, y eso es lo que ha marcado la historia de Venezuela a través del siglo XX.

*No puede haber
una mayor mentira
que esa idea
de que perdimos
el siglo XX.
¡No lo hemos perdido!*

—Maritza Montero. Yo no estoy segura de que la respuesta de la masa sea una respuesta comunista. En todo caso, esto que da lugar al Movimiento al Socialismo, ¿qué pasó con eso? ¿Es un momento, un episodio del siglo XX, o es algo que viene de más atrás? ¿Cómo se ve el socialismo ya institucionalizado en partido político respecto de ese comunismo del cual vienes hablando?

—Manuel Caballero. Yo lo veo hoy como un momento de un proceso, que si no se había abierto con anterioridad era por la sencilla razón de que el primer partido fundado en Venezuela, el primer partido que gozaba de la admiración de los inte-

Nosotros hemos tenido en este siglo dos grandes conquistas: la paz y la democracia.

lectuales —comenzando por Rómulo Betancourt, por supuesto— y de los dirigentes políticos fue el Partido Comunista, y el Partido Comunista es una organización extremadamente cerrada. Entonces, este tipo de discusión no se daba en el Partido Comunista, y se necesitó que perdiera ese carácter cerrado y, además, que la Unión

Soviética perdiera el prestigio virginal que le venía desde octubre del 17 para que pudiera darse. Esa es una discusión que se da en Venezuela muy tardíamente si se la compara con los países europeos.

—Isaac Chocrón. En el ensayo “Una respuesta innecesaria”, incluido en el libro *El desarrollo desigual del socialismo* de 1970, te citas a ti mismo y dices: “yo Manuel Caballero, estudiante y hasta hoy militante de AD, pido ingreso en el Partido Comunista, el partido de la clase obrera, el partido de Jesús Faría, el partido de los patriotas venezolanos, el partido de los partidarios de la paz”.

—Manuel Caballero. Yo no quisiera convertir una charla de historia en biografía y mucho menos autobiografía. Trataré entonces de dar a mi respuesta la forma de un testimonio de la actitud, más que de una persona, de una colectividad, y en este caso de una generación intelectual. Cuando yo escribí eso, tenía veinte años. Por lo demás, esos eran los términos de la adhesión al comunismo en aquel momento.

Pero tal vez deba explicar la primera parte de esa carta que dice “hasta hoy militante de AD”. La situación era la siguiente: yo pertenecía, desde mis 12 o 13 años, a un agrupamiento juvenil que se llamaba “Asociación de la Juventud Venezolana” (AJV), una organización mampara de “Acción Democrática” destinada a los muchachos muy jóvenes, a la gente que iba ingresando al primer año de bachillerato o algo así. Había por cierto, dos organizaciones rivales: la AJV, a la cual pertenecía yo, y la Confederación de Jóvenes de Venezuela (CJV), a la cual pertenecía Rafael Cadenas. La CJV era una organización controlada por el Partido Comunista y también dirigida al mismo público.

Cuando cayó Gallegos, yo tenía 15 o 16 años y era secretario de Cultura de la AJV en Barquisimeto (entonces una ciudad de unos cien mil habitantes). Los jefes de AD habían dicho que derramarían “hasta la última gota de sangre” para defender el régimen constitucional y para defender la democracia. Pero todos, absolutamente todos, desaparecieron después del golpe militar. Quedaron cuatro gatos, que el 25 o 27 de noviembre hacen una reunión y me invitan a ella. Yo, por supuesto, que

estaba dispuesto a enfrentar a todo lo que tuviera que ver con la dictadura militar, asisto a esa reunión.

Y sorpresivamente, casi podía decir de sopetón, me nombran secretario juvenil de AD en la novísima organización clandestina, para el estado Lara. Yo podía decir en aquel momento lo que se dijo alguna vez de la dirección del partido comunista polaco luego del pacto germano-soviético: que tenía un inmenso poder pero sobre una cantidad muy reducida de personas, porque los jóvenes dispuestos a ingresar en esa organización clandestina no éramos más de cinco o seis; que nos dedicábamos, mayormente, a distribuir unos panfletos y a organizar alborotos contra la dictadura en el liceo. Recuerdo que el 26 de marzo de 1949 intentamos “tumbar al gobierno” tomando la policía prácticamente con una sola escopeta. Por supuesto, al primero que se lanzó al ataque, un obrero que iba con nosotros, le pegaron un tiro y yo eché a correr y desde entonces no he parado: nos vencieron con el primer balazo. Jamás en mi vida había agarrado un fusil ni una pistola.

Continué militando en AD, porque para mí en aquel momento era el partido con mayores posibilidades de combatir la dictadura. Pero mi pensamiento fue evolucionando, luego caí preso, y ya mis relaciones con los comunistas se iban estrechando y eran bastante buenas. Rafael Cadenas era uno de los jefes, y fue uno de los que tomó la universidad en 1952 junto conmigo, Guillermo Sucre, Ismael Rodríguez Salazar, que más tarde fue magistrado de la Corte Suprema de Justicia, Pedro César Izquier, quien fue presidente del Colegio Médico.

Ya en la cárcel empecé a sentirme muy incómodo en AD y mis cercanías eran con las tesis comunistas. Finalmente di el salto. En relación con Jesús Faría puedo repetir hoy lo que he siempre dicho: yo tenía una gran admiración por él —estoy hablando del Jesús Faría que dura 9 años preso durante la dictadura. Y es que siempre me llamó la atención que aquel obrero petrolero se hubiera desarrollado intelectualmente como se desarrolló. Aparte las naturales exageraciones, su vida es admirable, y así es como lo expresaba yo en el libro citado por Isaac.

—Ramón Piñango. Me llamó mucho la atención una afirmación que hiciste al comienzo de tu intervención: que nunca tantos venezolanos habían vivido tan bien como desde la muerte de Gómez para acá, o mejor, desde la Capitanía General hasta este momento.

—Manuel Caballero. No desde la Capitanía General, desde el mismo descubrimiento.

—Ramón Piñango. Me llama la atención que te llame la atención eso, porque la verdad es que lo mismo puede decirse de numerosos países del mundo. No veo entonces de qué manera eso distingue a Venezuela, por ejemplo, de Puerto Rico, que desde que es un Estado Libre Asociado su gente vive muchísimo mejor que en toda su historia previa; también puede decirse de Estados Unidos y de tantos otros. Si es un fenómeno tan frecuente en el mundo, ¿por qué escoger el pasado para comparar y evaluar el presente? ¿Por qué no evaluarnos contra un futuro posible o contra

lo que dejamos de hacer o contra lo que dejamos de ser? No para negar el progreso, que indudablemente lo ha habido, pero es que lo anotado es una característica de demasiadas sociedades en el mundo como para que distinga como algo muy especial a nuestra historia.

—Manuel Caballero. Yo he pensado mucho en esto. En primer lugar, no puedo negar que esto es un proceso mundial, pero a mí me pidieron que hablara hoy de Venezuela y, sin dejar de lado totalmente las comparaciones, digo que en Venezuela esto es característico de nuestro siglo XX. Y cuando hablo de “nuestro” siglo XX, lo hago en comparación con los otros siglos de la historia de Venezuela.

Yo no digo que es excepcional en aquel sentido; pero lo que sí es excepcional es tener un siglo sin guerra. ¿Qué hay otros países que puedan decir lo mismo?, ¡perfecto! Pero el caso es que no sucede en muchos países europeos, ni en América Latina. No importa lo que sea de otros países, pero el hecho es que es una característica muy particular de Venezuela.

El historiador es un hombre del presente, y se ocupa sobre todo —al contrario de lo que se cree— de los problemas que el presente le plantea. A nosotros no nos interesan determinados temas por la muy simple razón de que ya no tienen incidencia en la historia venezolana de hoy. Valga el siguiente caso, no sin sus dudas, desde luego: si hoy nos pusiéramos a discutir sobre la esclavitud, ése es un tema que podría interesarnos aunque ejercería un atractivo mucho menor que si se tratara de otras cuestiones. En cambio, el tema de la esclavitud, en países como Cuba, está todavía muy presente entre los historiadores. De modo que yo me planteo el problema sobre el que discutimos como hombre del presente, y cuando hablo de los 40 últimos años de historia dentro de los 60 años de historia democrática venezolana, es sencillamente porque le estoy saliendo al paso al tópico de los 40 años de desastre. Hay subyacente esa preocupación.

—José Luis Vethencourt. Lo primero que tengo que decir es que Manuel nos ha hecho una sesión de psicoterapia política, una psicoterapia muy buena y que considero era muy necesaria. También le diría a Manuel que pensaba en lo inmensamente compleja que es la realidad; la realidad humana es tremendamente compleja, tanto en lo individual como en lo social, es terriblemente compleja. Esta reunión de hoy refleja esa inevitable manera de ser del mundo, de la vida.

Antes de pasar a otro punto quería decir que yo —como muchos otros quizás— había pensado que en Venezuela, a partir de un cierto momento en este siglo, la acción de masas es mucho más fuerte que la acción guerrillera, que la acción guerrera; que todo se resuelve mucho más fácilmente a través de la acción de masas. La caída de Pérez Jiménez, por ejemplo, fue una cosa de las masas que se formó violentísimamente. Y eso que tú describías del 14 de febrero, una acción de masas que emerge de repente, a veces con el componente del saqueo, realmente es un fenómeno importante en Venezuela que quizás no se ve tanto en Colombia, por ejemplo. El fracaso de la guerrilla —aquí el pueblo, los campesinos, le tenían miedo a los guerri-

llos, aunque les prestaran algunas atenciones un poco a la fuerza— es un buen ejemplo de eso. Yo tengo la impresión de que en Venezuela la acción de masas es algo muy eficiente, muy fuerte, por lo menos hasta el momento que hemos vivido.

En todo caso, quiero decir que hay un malestar con Venezuela, tenemos un malestar con Venezuela. ¿Dónde está ese malestar? Lo voy a resumir muy brevemente: ese dolor por Venezuela, ese fuerte dolor que tenemos nosotros, está en la marginalidad, en el proceso caótico de la marginalidad, en el sufrimiento de las zonas marginales, en el crecimiento exponencial de la marginalidad. El dolor está también en el incremento de la delincuencia, en la agravación de la delincuencia, en la inmensa violencia delincuencial que se lleva cada vez más vidas. Ya no se trata de la violencia de los campesinos de antes, como ocurría en Trujillo, en un pueblo llamado El Mamón que quedaba al lado de Escuque. Entonces solía decirse, me refiero a todos los días: ¿a quién bajaron hoy del Mamón? o sea, ¿a quién mataron hoy en El Mamón? Eran otros los elementos de la violencia: más que todo cosas de enfrentamientos personales, de ejercicios de machismo.

*El historiador es un
hombre del presente...*

—Manuel Caballero. Mi afán es el de comprender la sociedad que hemos vivido, la sociedad que vivimos; cómo somos hoy y por qué somos hoy como en efecto somos. Por todo ello, y porque siempre se es una mezcla de cosas muy malas, de cosas muy buenas y de cosas regulares, aquí no cabe comenzar siendo optimista ni tampoco pesimista.

Posiblemente yo sea percibido como si fuera un optimista porque la tónica de la discusión política actual, la tónica de la discusión en todos los terrenos, es muy pesimista. Pero la verdad es que mi discurso, en este momento, trata de desmitificar, de desnudar esos lugares comunes que tanto daño causan; por eso puedo dar la impresión de ser un optimista irracional. En otro momento podría más bien dar una impresión absolutamente contraria.

Por otra parte, cuando digo que nunca tanta gente vivió tan bien en Venezuela en toda su historia, es en primer lugar por la sencilla y elemental razón de que nunca los venezolanos habíamos sido tantos.

—Rafael Cadenas. Yo quiero hacer una intervención en la misma línea de la pregunta de Ramón Piñango. Se habla de un 80 por ciento de pobreza crítica, y sin que importe demasiado si la cifra es un poco menor como algunos lo dicen, es sin embargo algo verdaderamente alarmante. En cuanto a la modernización de Venezuela, pues uno la ha vivido. Recuerdo que una vez mi papá me llevó a una escuela que había cerca de la casa; mi familia tenía recursos muy limitados, y el maestro o el director —no recuerdo bien— le dijo: “bueno, ¡cómo no! vamos a inscribirle a su hijo, pero usted sabe que tiene que traer una sillita”... cada niño tenía que llevar una sillita: ésa era la situación de la educación.

Ahora bien, y para completar quizás el esquema que Manuel ha presentado hoy, hay que hacer mención de algo sumamente importante. Él habló de la radio,

de su influencia en la mujer, pero yo creo que hay que agregar a la televisión, que ha tenido y tiene un poder inmenso. A los 5 poderes de los cuales hoy se habla habría que añadir un sexto: que es la televisión, y que como pasa casi siempre con los inventos, es un arma de dos filos. La influencia de la televisión en el país ha sido inmensa realmente, y todavía no podemos calibrar muy bien ese efecto en la población.

Para terminar quiero mencionar el tema de un ensayo de Manuel que es de mucha actualidad, me refiero al fenómeno de la utilización de Bolívar a todo lo lar-

go de la historia. Yo no había leído algo tan claro como esta exposición que hace Manuel en el libro *La pasión de comprender*.

—Manuel Caballero. Afortunadamente, tanto para ustedes como para mí, ese libro está agotado. En relación con el tema de la televisión no sabría decir si fue un olvido no haberlo mencionado, o si más bien parto de la base de que se trata de un fenómeno demasiado reciente como para que lo pueda percibir en toda su significación, o quizás porque en el fondo le tengo miedo, por ser el desarrollo de la televisión en todas partes del mundo, y particularmente en Venezuela, un fenómeno relativamente reciente.

La verdad es, sin embargo, que el partido político más importante que ha aparecido en el mundo después de la guerra es la televisión. En Venezuela vemos cómo juega en una medida muy importante ese papel, lo cual es sumamente negativo y peligroso. Porque ésa sí es la implantación de un pensamiento totalitario, amén de que tiene vinculaciones directas con todos los aspectos de la vida individual y social, si acaso es posible separar estas dos categorías. Con todo, también hay en la televisión algunos elementos positivos, pese a su chabacanería, su superficialidad, su estupidez. Cuando afirmo, por ejemplo, que el venezolano es un pueblo culto, en gran parte se lo adjudico a la televisión. Por otra parte, la conciencia del territorio venezolano, de la situación y la condición del venezolano, que hasta vestimentariamente se ha hecho uniforme, eso constituye una realidad cultural a la cual no es ajena la televisión.

—Isaac Chocrón. Voy a hacer una segunda cita de un segundo libro de Manuel Caballero, lo cual demuestra que yo soy muy caballero, o que tengo muchos de los libros de él. La segunda cita, tomada de *El Mundo no se acaba en diciembre*—su segundo libro, publicado en 1973— es de Orlando Araujo, y a mí me gustó mucho por la manera tan ingeniosa como Orlando se refiere a Manuel, dice: “Manuel Caballero es un hombre del Renacimiento que ha empatado con el socialismo, algo así como Erasmo y el Arcipreste sentados a la mesa con José Vicente Rangel y el Che Guevara, mientras Manuel hace el elogio de la mejor locura”.

También quisiera saber algo más en relación con la afirmación de Manuel según la cual la conciencia popular sabe de su propio poder. Verdaderamente, ¿sabe la conciencia popular lo que le conviene?

**No debemos olvidar
que somos**

un país cristiano

**y un país aplastado
por la culpa...**

**pero, además, nosotros
tenemos nuestra
culpita particular,
que es el complejo
del parricidio.**

—Manuel Caballero. En relación con lo primero, no olvides que estábamos en plena campaña electoral y ese libro era una colección de artículos para hacerle propaganda al MAS en el momento de su fundación y a José Vicente Rangel que era su candidato. Era sencillamente un trabajo periodístico para los fines de un candidato que teníamos en ese momento.

Sobre la segunda pregunta, efectivamente, nadie puede garantizar que esa conciencia de su propia fuerza vaya a ser inteligentemente, correctamente dirigida. Podría muy bien volverse contra sí misma. El pueblo más filosófico de Europa, como lo llamó Engels, dio a un Hitler; el pueblo más culto de América Latina, el más desarrollado intelectualmente, dio un Perón, una Evita, una Isabelita. No hay ninguna garantía de que esa conciencia popular pueda escoger los mejores caminos. Y si hubiera desvíos, tampoco se puede decir que se den única y exclusivamente por razones circunstanciales.

Tomemos la elección de Chávez. Yo no creo que la ruina de la economía haya llevado a esta situación, y que después, si las cosas empeoran, este señor se derrumba. Yo creo que hay cosas mucho más profundas. En un artículo escribí —lo voy a ratificar aquí aunque no me estén haciendo la pregunta directamente— que la mayoría de la gente que votó por Chávez en las últimas elecciones no votó porque quería un buen gobierno, o porque rechazaba un mal gobierno, o porque pensaba en un gobierno diferente; votó porque quería un dictadura. Por eso pienso que en el momento actual la propaganda más contraproducente consiste en decir que este señor quiere instalar una dictadura, porque eso es lo que, lamentablemente, quiere la gente.

—Isaac Chocrón. Yo quiero una aclaratoria. Cuando a lo largo del siglo XIX dominan o gobiernan caudillos ¿es porque no existe conciencia popular? Y cuando desaparece en el 45 el caudillismo —según tú porque empiezan los partidos políticos y el “yo” se convierte en “nosotros”— la conciencia popular lo apoya. Yo estoy confundido en eso.

—Manuel Caballero. Hay algo que me faltó decir en relación con esa conciencia popular. La Venezuela que impone esos desarrollos tiene una característica que la diferencia radicalmente de la del siglo XIX, que es la Venezuela de a pie. Por eso digo, lo he dicho varias veces especialmente pensando en los muy jóvenes, que 1903 es una fecha muy importante en la historia de Venezuela porque es en ese año cuando Venezuela se baja del caballo.

Se tomó entonces, entre otras, la senda del partido político; allí está el vivo ejemplo de Acción Democrática. AD lanza como candidato en 1998 a un personaje absolutamente insignificante desde el punto de vista intelectual y político, ¿por qué? Por la confianza que tenía en la maquinaria, es decir, era la mitificación si no de los caudillos, esta vez de la maquinaria.

Pero, entonces, ¿por qué el partido político toma esa fuerza en Venezuela? La versión venezolana de los partidos políticos es tan estrictamente cerrada, tan leni-

nista, al punto que AD no solamente es el único partido leninista no marxista del mundo, sino que se llegó incluso a decir –así recuerdo haberlo leído una vez– “la doctrina organizativa de AD es el centralismo democrático”. Y para ese momento ya los soviéticos estaban abandonando esa postura. No es porque Rómulo haya sido comunista, punto que no deja de ser muy importante, sino por otra razón que a mí me parece tan importante como la primera, y es que el venezolano en general –y Betancourt en particular– por miedo al caos, para evitar caer donde se había caído en varias etapas de nuestra historia, ha buscado la vía del partido fuertemente centralizado, vertical, que podía contener los impulsos de la masa. Esta es una cosa sobre la cual es conveniente reflexionar.

He escrito que el 14 de febrero de 1936 Venezuela se liberó de dos miedos: –el capítulo de *Las crisis de la Venezuela contemporánea* se llama “La liberación del miedo”– el miedo a la tiranía y el miedo a la guerra civil, la gente salió a la calle y no hubo guerra civil.

Esta es la acción de los venezolanos en el siglo XX que los pone por encima de los del siglo XIX: es una acción de hombres de a pie, desarmados. No quiero decir que en el 23 de enero o en otras barriadas no echen sus tiros, o que no se tiren sus piedras. Y bien podría ser que esa corriente tome un curso equivocado; de eso no está exento nadie en el mundo.

—Maritza Montero. Lo que estás diciendo me parece interesantísimo, pero también contradictorio. ¿Hay en Venezuela una vocación democrática o una vocación de autoritarismo? Porque tú has afirmado que uno de los grandes procesos es el de la democratización de la sociedad y del Estado venezolano, y que consideras que hasta ahora es irreversible; por otra parte, esto que acabas de decir en torno al partido centralizado y vertical es, en buena parte, lo que se ha visto muchas veces como una de las razones del éxito de AD. De hecho, cuántas veces no se dijo que “el venezolano típico es adeco”, y hay mucha gente que dice que el éxito de Chávez es que es un adeco estructural. De lo que nos hablas, ¿sería una forma democrática del autoritarismo? ¿Sería una especie de autoritarismo democrático? Y, ¿no es lo que está haciendo Chávez en este momento, algo parecido a generar una nueva estructura de este mismo tipo generando a la vez el temor y su cura? ¿Genera el temor a la guerra civil y genera a la vez la estructura de contención?

—Manuel Caballero. Sí, pero eso no hubiera tenido ningún eco si no existieran elementos reales en la situación que puedan producir ese temor. En ese sentido, así se ha dicho, Chávez ha sido “un gran intérprete de las ansiedades populares”, más allá del giro que le haya dado.

Pero la primera pregunta que tú me hacías es sobre el autoritarismo. La primera vez que caractericé al pueblo venezolano como democrático fue en 1982. Pero tal vez habría que agregarle a lo de democrático, a la idea de la democracia, la existencia también de un rasgo puramente instintivo. Yo creo que el autoritarismo es un instinto y la democracia es una cultura.

Te voy a poner un ejemplo que creo es muy importante. ¿Cuál es la característica principal del gobierno de Pérez Jiménez, política e históricamente? Cuando se lo derrocó el 23 de enero no se estaba derrocando a cualquier dictador, se estaba derrocando la dictadura personal más corta en la historia de Venezuela: desde 1952 hasta 1958, porque del 48 al 52 —con todos los presos que tuvimos en esa época—, había todavía una especie de intentos, de pequeños juegos democráticos. La dictadura personalizada y cerrada se da partir del 52; eso es todo lo que dura, es la tiranía más corta en toda la historia de Venezuela. Ello ya indicaba algo, quiero decir, la voluntad del pueblo de no vivir en otra forma que no sea la democracia. Incluso en la situación actual, insistiría, creo que la mayoría de la gente que votó por Chávez lo hizo porque quería una dictadura, pero el instrumento que utilizó era algo que ya estaba inscrito en su cultura democrática, porque al fin y al cabo Chávez llega por la vía de unas elecciones.

En absoluto me es dado negar el inmenso poder que pueda tener la tendencia autoritaria. En el momento actual eso sería cegarse a lo que es más evidente, pero hasta ahora yo no he visto que se haya manifestado esa voluntad como no sea a través de los instrumentos que había dado la cultura democrática.

—Asdrúbal Baptista. Yo quisiera hacer un comentario y formularte una pregunta muy general a la luz de tu planteamiento. No dejo de pensar que hay tendencias muy profundas que difícilmente pueden hacerse parte del sentir de la gente o del sentir colectivo, sin que medie un proceso muy largo que quizás no hemos cumplido.

Cuando tú evalúas el siglo y pones por contraste la Venezuela de comienzos del siglo con la Venezuela que cierra el siglo, desde luego, está de tu lado la razón. La Venezuela con la cual comienza el siglo frente a la de hoy era una sociedad misérrima en todos los órdenes de la vida, y lo tomo desde lo puramente económico; los indicadores más a la mano reflejan un contraste inmenso.

Pero, desde luego, me asalta entonces de inmediato la cuestión de si esa aparente insaciabilidad del hombre de hoy es parte del alma venezolana, o si aún no lo es. El ejemplo más patético —porque es diario, ahí no está lo venezolano necesariamente, por eso la gravitación de esta preocupación— es la Bolsa de Valores de Nueva York; ése es el hombre contemporáneo por excelencia, puesto que es su mundo. Si la Bolsa no sube hoy también, las cosas van mal, pero ¿sí subió la semana pasada y tiene 3 meses subiendo? ¡No! es que también tiene que subir hoy. De modo que es una urgencia diaria de sentir que la cosa continúa progresando y es allí donde se enlaza tu visión del siglo con mi propia preocupación frente a tu visión.

No puede haber dudas: la Venezuela de hoy es una Venezuela inmensamente más próspera que la de antier. Pero es que aquí dejamos de progresar. Esto tiene —número a número— 20 años no solamente no progresando, sino deteriorándose, y

La propaganda tan manida sobre las fuerzas armadas según la cual el ejército venezolano es un forjador de libertades porque peleó en Ayacucho, no resiste el menor análisis.

si algo caracteriza al tiempo y al individuo de hoy es que el punto de comparación es el mismo. Yo no me comparo con lo que puede haber sido mi padre o mi abuelo, me comparo yo conmigo mismo; veo el nivel de la bolsa de valores de ayer, y por oposición a lo de hoy me juzgo y juzgo mi tiempo. En tal respecto, el malestar con el país no deja de mostrarse por todos sus poros.

Yo creo tener razones –pero no forman parte de la pregunta– para decir que Venezuela comienza a perder vitalidad como organización económica a finales de los 50. Frente a lo que Venezuela logró en ese inmenso envión que fueron los 30 años

anteriores, ahí hay signos de que comienza a menguar la fuerza histórica del país para continuar planteándose retos y alcanzándolos. Ahora, la Venezuela con la cual cierra el siglo es un país aparentemente sin vitalidad, como si se nos hubieran agotado las fuerzas creadoras –hablo por lo económico que al fin y al cabo es el terreno donde me siento cómodo, pero tampoco querría confinar-me a ese espacio. Los hombres de negocios: éstos son los caballeros

de otros tiempos, éstos son los conquistadores y aventureros de ayer, éstos son los evangelistas de otras épocas, éstos son los filósofos, es decir, el hombre que hoy mueve la historia es el hombre de negocios. Así son los tiempos en los que nos toca vivir.

Pues bien, en Venezuela se acabaron los hombres de negocios; aquí ya no quedan hombres de negocios. Me refiero a quienes hacen lo que hacen los hombres de negocios, es decir, a quienes invierten recursos materiales para producir. Aquí viene en picada desde hace 20 años largos la inversión privada. Yo podría dar evidencias, cifras, testimonios, cualitativos y cuantitativos, de que cuando cierra el siglo en Venezuela no hay más hombres de negocios.

Mi pregunta, entonces, y va para un historiador desde alguien que no lo es: la vitalidad histórica del país, la capacidad de mover el país, de plantearse retos como sociedad y en pos de ella mover la mejor voluntad de la gente ¿dónde está? ¿Qué factores se terminaron por unir que permiten que alguien pueda decir –y en esto reflejo un sentimiento de mucha gente– que el siglo cierra para una sociedad cuya vitalidad histórica está grandemente menguada? Más allá de las circunstancias de los Chávez o de los Carlos Andrés del mundo, la fuerza que mueve la sociedad venezolana uno la siente lenta, si es que la siente.

—Manuel Caballero. Lo primero que hay que precisar es exactamente qué se entiende por vitalidad, por vitalidad histórica. Hay procesos, hay momentos cuando la dinámica política que comanda el resto de la sociedad se hace más acelerada, se hace más violenta y da una impresión de dinamismo, aunque posiblemente haya corrientes subyacentes que sean mucho más importantes y poderosas y que nosotros no percibimos en su realidad.

Por ejemplo, hay algo que me llama la atención, y es lo que dices acerca de que los empresarios han desaparecido. En relación con esto se puede decir lo mismo que señalé en relación con la agricultura: no se puede hablar de la ruina de la agri-

¿Traía el venezolano desde el siglo pasado alguna conciencia de trabajo e iniciativa que le hubiera conducido a una mejor integración social...?

cultura porque eso significa una previa prosperidad y un previo dominio de este campo. En realidad, nosotros nunca hemos conocido hasta ahora un poder del empresariado, de la clase capitalista, suficientemente fuerte como para hablar ahora de una desaparición de una clase que existió. Tú sabes muy bien todos los problemas que esa clase tiene; el más grave de todos –a mí juicio– es su debilidad intrínseca porque es dependiente, más que las masas populares, de las dádivas del Estado. No hay más que prestar atención a la cantidad de empresas que revirtieron a la Corporación Venezolana de Fomento: sencillamente les daban crédito, se arruinaban y toda vez que la propia fábrica era la garantía, se la devolvían al Estado. De modo que en ese sentido no me parece que sea muy correcta la expresión que empleas.

Ahora, en una sociedad capitalista el elemento dinamizador es la empresa privada. Y esto lo dice nada menos que Carlos Marx; para él la clase más revolucionaria de la historia es la burguesía que ha revolucionado el mundo. Entonces, al no existir esa dinámica, la sociedad en todos los terrenos se viene abajo, se hace más lenta, se desdinamiza. Pero éstas son tus palabras. Nos ha tocado vivir dos tiempos: una evolución aparentemente bastante segura y también un tiempo de derrumbe.

Hay una cifra que es ya familiar: desde 1936, (por lo menos, y quizás la referencia se puede echar un poco para atrás), la participación del Estado en los ingresos petroleros y el nivel de vida de los venezolanos fue aumentando paulatinamente y en forma lineal hasta 1977. Allí comienza el deterioro. Fíjense ustedes, después del dineral que nos entró –Pérez Alfonzo tenía razón–, la verdad es que Venezuela no tenía estómago para digerirlo todo. El deterioro de la calidad de vida, del nivel de vida del venezolano, comienza a partir de 1977, no a partir de 1983 como mucha gente lo quiere ver por lo del Viernes Negro. En aquel entonces Carlos Andrés tomó una serie de medidas, entre las cuales recuerdo una emblemática: la prohibición de financiar créditos a través de las tarjetas así llamadas.

—Ramón Piñango. Una sociedad y su historia comprenden muchas cosas. Una de ellas es un constante verse a sí misma a través de sus élites, de sus pensadores, de sus intelectuales, de sus políticos, etc. En este siglo, como en otros, hay muchos diagnósticos del país, diagnósticos que siempre van acompañados de propuestas o de soluciones políticas de muy diversa naturaleza para mejorar las cosas.

Me gustaría pedirte que compartieras con nosotros cómo crees tú que nos hemos visto a nosotros mismos y cuál es el saldo, el balance final, de esa especie de visión introspectiva a lo largo del siglo.

—Manuel Caballero. Debe ser una comunicación de pensamiento, pero esto que tú me estás preguntando lo estaba pensando yo en el momento en que hiciste la pregunta. Por supuesto, la reacción es de un estímulo inmediato: el país está en crisis; el país se deterioró; el país se arruinó, y se tiende entonces a creer que lo que es el momento lo ha sido siempre. Es como cuando a uno se le revienta un caucho en

una autopista oscura a las dos de la mañana y lloviendo: la primera reacción es la de decir: “esto no me pasa sino a mí”.

Aquí hay algo que está profundamente inscrito en la mentalidad venezolana, y que es la culpa, la culpa cristiana. No debemos olvidar que somos un país cristiano y un país aplastado por la culpa, puesto que dejamos que se crucificara a Nuestro Señor. Y aparte de eso tenemos el pecado original, es decir, la culpa judeocristiana la tenemos metida en la cabeza.

Pero, además, nosotros tenemos nuestra culpita particular, que es el complejo del parricidio. Todo el alboroto con Simón Bolívar toca esa fibra, por lo que tenemos —de una forma u otra— que contribuir a compensar ese horrible crimen que cometimos contra el Libertador; por lo demás, eso de desmembrar a Colombia es un razonamiento nuestro, de la gente que tiene un cierto nivel cultural, pero la gente normal de la calle, ésa no sabe exactamente quién es Bolívar pero sí dice que hicimos muy mal matándolo.

Hace un par de años o algo así un amigo fundó en Acarigua el Museo de Agricultura. Cuando estaban por concluirlo la zona donde está situado, muy buena y completamente deshabitada, empezó a llenarse de ranchos. La razón no hay que elaborarla demasiado. La historia es que Julio Bustamante —el amigo a quien me refiero—, habla con los invasores, y la respuesta que obtiene es que allí “estaban invirtiendo todo su dinerito”. A lo que él responde: “bueno, eso son bienhechurías, que se las pagarán, pero ustedes no tienen la tierra”. Y su inmediata réplica fue: “sí la tenemos, porque ésa nos la dio Bolívar; por eso él murió”. Es decir, en una curiosa mezcla de imágenes ellos creen que Bolívar murió crucificado como Jesús, y así es como emerge la tremenda culpa que nos embarga.

Padecemos los venezolanos de una de las peores enfermedades, que es la autoconmiseración: “nosotros no valemos nada, no servimos para nada”, y la verdad es que así no se va muy lejos.

—Rafael Cadenas. A todo lo largo de la historia venezolana uno encuentra un discurso autodescalificador. Cuando muere, creo que es Fermín Toro, Juan Vicente González dice: “ha muerto el último venezolano”, es decir, que los venezolanos eran los anteriores al momento cuando muere Toro. El título de la obra de Pocaterra también cae dentro de esa misma línea: *Memorias de un venezolano de la decadencia*. Se supone que ha habido un período resplandeciente, ¿cuál era la decadencia si —como tú mismo lo has dicho— Gómez creó condiciones para que el país se desarrollara? Podrías ahondar un poco sobre ese punto.

Pero también quiero volver sobre la vitalidad histórica. La idea me hizo pensar en España; también allí se habló de que hubo un momento en que el país perdió la energía, es decir, el país que fue capaz de librar una guerra contra los árabes y expulsarlos de la península, de realizar el descubrimiento de América y emprender esa gesta extraordinaria que fue la conquista, luego la colonización, ese país, cuya vitalidad, se dice, dura más o menos hasta el siglo XVII, ya a fines del siglo XVII co-

mienza a decaer. Hay un soneto de Quevedo –además de extraordinario muy revelador– de lo que sentían los españoles en ese momento; luego viene los siglos XVIII y XIX, y durante esos dos siglos de lo que se hablaba era de marasmo. El movimiento de la Ilustración fue cortado por la monarquía, y el clímax es el 98, cuando España pierde sus últimas colonias. Desde mi perspectiva, más bien, han debido felicitarse por haber perdido las colonias; pero, en fin, la reacción de los españoles fue de desdicha y depresión, y basta con leer a cualquiera de los autores de ese momento para sentir el talante de los españoles. Eso quizás se puede considerar vitalidad histórica, a la que luego la sigue el descenso, el marasmo, la paralización, hasta hoy cuando España está viviendo otro momento extraordinario.

—José Luis Vethencourt. Tengo aquí varias preguntas. ¿Traía el venezolano desde el siglo pasado alguna conciencia de trabajo e iniciativa que le hubiera conducido a una mejor integración social y a un tono evolutivo más significativo que, de no haber mediado el fenómeno petrolero, pudiese haber hecho de este país y de sus habitantes algo más sólido, más constante y más productivo? ¿Cree usted que los sectores más avanzados del país, sobre todo en el aspecto económico, han cumplido a cabalidad su cometido esforzándose en la producción y desarrollo social o, por el contrario, con algunas excepciones se acogieron a la ley del menor esfuerzo en el disfrute comercial de la renta petrolera? ¿Piensa usted que los partidos políticos, en función de agentes del Estado, se dedicaron seria y apasionadamente a levantar el nivel cultural y la capacidad de trabajo de los sectores populares? Y otra, por si hiciera falta, ¿fue el populismo un proceso de creatividad, o solamente un instrumento para el triunfo electoral?

—Manuel Caballero. En primer lugar, voy a referirme a la decadencia. Yo tengo mi interpretación en torno a ese problema de la decadencia. Tengo incluso un ensayo que salió en la prensa y que está recogido en un libro por publicarse que se llamará *El desorden de los refugiados*. Es absurdo pensar que Pocaterra tenga en la mente que el régimen al que está combatiendo sea la decadencia, si la verdad es que ha vivido todo lo anterior, que es un siglo de guerra civil.

La explicación que yo le doy es la siguiente: a partir de su ideología y de algunas circunstancias en el terreno intelectual que se dan entre finales de siglo XIX y comienzos del XX, y no olvidemos la idea fundamental de que Pocaterra es positivista, él ve la historia de Venezuela como una lucha entre la civilización y la barbarie. En tal respecto está de acuerdo con Vallenilla, y también, en el fondo, con la tesis del César democrático, del cesarismo democrático. Pero en ese momento cuando comienza a escribir hay un personaje que es muy popular en Venezuela, muy cercano del poder –amigo de Crespo– que era José María Vargas Vila. Nosotros hoy solamente lo conocemos como prosista churrigueresco, pero José María Vargas Vila era un hombre extremadamente conocido e influyente. Uno de sus libros se

Lo que tengo que decir es que Manuel nos ha hecho una sesión de psicoterapia política, una psicoterapia muy buena y que considero era muy necesaria.

intitula *Los Césares de la decadencia*. Pocaterra, un poco para burlarse de Valleni-lla, decía “sí es un César, pero un César de la decadencia”. Ese es el origen del título de su libro.

En cuanto a las preguntas del doctor Vethencourt debo decir lo siguiente. En relación con la primera, la verdad es que eso es muy difícil de medirlo, pero de todas maneras esa voluntad de trabajo, tal como usted la expone, para mí es producto de la sociedad capitalista, del desarrollo del capitalismo. Un hombre con todas las taras que tenía el venezolano del siglo XIX, enfermedades, desnutrición, etc., pero

además con el fatalismo que una ideología dominante le producía, no podía tener ninguna conciencia de éxito. En su discurso de investidura Chávez habló de que nosotros no estábamos sometidos a una crisis económica o social, sino que lo fundamental era la crisis moral. Él ve eso en términos de moralismo pero elude lo fundamental, que es precisamente el fracaso del populismo al no haber creado una ética del trabajo en Venezuela.

Esa es exactamente la situación. A partir de allí se ve lo que en Venezuela ha sucedido: la ausencia de una ética del trabajo que desgraciadamente el chorro petrolero contribuyó a negar y más bien fomentó aquella vieja tradición hispánica de tender la mano, de pedir: mendigar es mucho más productivo que trabajar. En Barquisimeto había un mendigo –un tipo fuerte, como de unos 40 años–, sin ningún vicio, es decir, un hombre normal. Uno le preguntaba por qué estaba mendigando, por qué no trabajaba, y el respondía: “señor, usted tiene que comprenderme, es que soy huérfano”... ¡un tipo de 40 años! Yo comparo eso con la situación del venezolano que echa todas las culpas de sus problemas al hecho de ser huérfano, porque el Libertador se le murió en 1839. Pero un niño de 170 años no es un niño sino un cretino.

Post scriptum

Luego de leer la muy fiel transcripción de mis palabras del 22 de noviembre de 1999, me gustaría agregar algunas cosas sobre el fondo y la forma de las mismas.

Yo tenía decidido tomar esa charla como base o si se prefiere como esquema para luego rellenarla y reescribirla con todo el apoyo documental necesario. Pero eso podría dar como resultado un libro de grandes dimensiones, con todo el tiempo de elaboración que ello necesitaría: prácticamente habría que escribir algo así como otra “historia constitucional” de Venezuela que arrancase de 1863 –donde dejó la suya Gil Fortoul– y trayéndola hasta nuestros días. Este texto perdería entonces ese carácter de ensayo que se proponía. En tales condiciones, he preferido dejar el texto tal cual, haciendo las eventuales y siempre necesarias correcciones de estilo.

Lo presentamos entonces como un conjunto de hipótesis, de proposiciones, sobre la historia del siglo XX venezolano. En su condición de tales, ellas son verifi-

“Yo Manuel Caballero, estudiante y hasta hoy militante de AD, pido ingreso en el Partido Comunista...”.

cables o no. Como debe ser siempre una proposición que aspira a una cierta validez científica. En todos los casos, ellas intentan abrir un debate, no cerrarlo.

Sin embargo, no son por ello ideas en el aire: son cuestiones que hemos intentado responder más largamente, con mayor acopio de argumento y documentación en al menos seis de nuestros libros: *La pasión de comprender* (Caracas, Planeta, 1983); *Las Venezuelas del siglo XX* (Caracas, Grijalbo, 1988); *Entre Gómez y Stalin* (Caracas, CDC-UCV, 1989); *Gómez, el tirano liberal* (Caracas, Monte Ávila, 1993); *Ni Dios ni Federación* (Caracas, Planeta, 1995); y *Las crisis de la Venezuela contemporánea* (Caracas, Monte Ávila, 1998); así como en numerosos artículos y ensayos.

